

## EN EL VIGESIMO ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DE GABRIEL DE ARMAS

POR

JOSÉ DE ARMAS DÍAZ (\*)

Ser sobrino de Gabriel de Armas, por mucho honor que ello reporte, obviamente no supone ningún mérito. Asumo hoy la representación familiar en este homenaje porque su viuda, María Ponce, así me lo pide, alegando que la sola invocación del amado podría romper la compostura de esta mesa de cara a todos ustedes.

Los organizadores de esta velada me han pedido además, hace unas pocas horas, que diga algunas palabras de agradecimiento, que literalmente acabo de pergeñar. Y como quiera que yo no tengo las dotes oratorias de Gabriel, les ruego me permitan leerlas para que la emoción no me traicione. No voy a consumir ni la mitad del tiempo que se me ha asignado.

Por supuesto que agradecemos la presencia de todos ustedes. Es muy poco frecuente ver este gran salón rebosante, y menos para un recital poético. Conforta sobre todo a los que somos conscientes de lo que Gabriel representó y de lo que su obra representa en el campo del pensamiento.

Como contraste, pero también como complemento, de la 16-

---

(\*) Es un honor reproducir las palabras pronunciadas por nuestro querido amigo y colaborador José de Armas, en el acto de homenaje a la memoria de su tío, y también siempre recordado amigo y colaborador de esta casa, Gabriel de Armas Medina, ofrecido por el grupo «Poetas del Atlántico» en el Club de Prensa Canaria el pasado día 16 de febrero del año en curso. Véase en *Verbo*, núm. 141-142 (1976) la necrológica de Juan Vallier de Goytisoló y la lista de sus colaboraciones en nuestra revista (N. de la R.).

gica frialdad académica de las intervenciones precedentes, trataré con cuatro brochazos de trazar un esbozo del carácter de Gabriel desde una óptica familiar, y de paso subrayaré algunos trazos determinantes de su personalidad, que unas veces se ignoran y otras veces quieren ignorarse.

\* \* \*

Conservo una vieja libretita manuscrita por mi abuelo, donde él fue anotando durante su larga vida los más relevantes acontecimientos de su casa. Precedido de catorce natalicios ( y unos cuantos embarazos frustrados) y antes de los dos últimos hijos habidos en su único matrimonio, se lee:

«En Agaete, el día 10 de julio de 1915, a las dos de la tarde, nació un niño que fue bautizado y se le puso el nombre de Gabriel de los Angeles Juan Sinfioriano Rufino. Sus padres, Francisco de Armas Merino y Dolores Medina Ramos. Su padrino, Tomás Morales Castellano».

Dice el refrán que «de poetas y locos todos tenemos un poco», pero el hecho de nacer y recibir enseguida las aguas bautismales, apadrinado y sostenido por los hercúleos brazos del «amplio sinfonista del Atlántico», parece evidente que infundió en Gabriel a la vez que su máxima «locura», que fue un desmesurado amor a la Iglesia de Cristo, una sensibilidad poética nada corriente.

Creció Gabriel en Agaete entre un montón de hermanos, algunos de los cuales cultivaron precozmente aficiones literarias y artísticas. Aprendió las primeras letras y la Doctrina en el regazo de su madre y de sus tías, aquellos tipos de mujeres inteligentes y virtuosas que el devenir de los tiempos dio en llamar tontas y alienadas y, sin embargo, tuvieron la habilidad de tallar caracteres diamantinos de los quilates de Gabriel.

Tuvo una niñez que siempre consideró feliz, que transcurrió matapetreando entre el patio y la huerta trasera de la casa paterna (que hoy ocupa el Ayuntamiento de la Villa) y olisqueando de vez en cuando entre las tertulias literarias y políticas del paradisíaco Huerto de Las Flores.

Fue un niño alegre, cariñoso, disciplinado y responsable, según testimonio de sus hermanas mayores, hasta el punto de que sus opiniones llegaron a tener desde muy temprana edad la natural autoridad que emana de la rectitud y el ejemplo.

Desde muy joven fue un perspicaz sabedor de las glorias y las miserias de la condición humana. Y conocedor profundo de su propia naturaleza, quiso y pudo casi siempre mantener ante las más difíciles situaciones un equilibrio que no pocas veces resultaba incomprensible y hasta irritante a propios y extraños.

Equilibrio que jamás hubo de confundirse con relativismo ni tibieza de cualquier tipo, porque Gabriel siempre abominó las medias tintas. Llamaba al pan, pan y al vino, vino. «Suaviter in modo et fortiter in re». Pero cuando en algunas ocasiones no pudo dominar la suavidad de las formas, la contundencia de sus argumentos no perdía la firmeza y la transparencia que suele nublar la pasión. Al final de su fogosa intervención, era corriente verlo coronar la discusión o la polémica con algún chascarrillo o «golpe» canario, carente por completo de acritud, que distendía en el acto la tensión creada. Era la rúbrica de elegancia y rectitud de intención de un caballero que no cedía un punto en los principios, pero que toleraba y comprendía caritativamente las debilidades de las personas.

Gabriel emanaba serenidad, sin duda a veces forzada, porque su concepto de la disciplina y el orden le llevaba constantemente a reprimir sus pasiones y ocultar sus sentimientos en un afán de objetivizarlo todo. ¿Y qué mejor regla para ser objetivo que los principios inamovibles del Derecho y la moral natural, de los Evangelios y la Doctrina de la Iglesia? Esas fueron su continuas referencias para todo. Por eso hemos de calificarlo —sin los pudores que marca la moda— como un verdadero integrista. No en vano uno de sus más venerados santos, cuya imagen presidió sus capillas, San Pío X, había dicho: «Os llamarán clericales, retrógados, papistas, integristas: ¡Enorgullecíos de ello!

Después de diez años del traslado de la familia de Agaete a Las Palmas, en 1931 se proclama la II República, y Gabriel contempla asombrado cómo también en España se cumplen las pro-

fecías de su ya bien amado Donoso Cortés. Del Trono se hacen astillas y arde el Altar. Se expulsa a los jesuitas y varios de ellos se refugian en casa de su padre. Apenas con diecisiete años, en vez de amedrentarse, empieza a escribir en la prensa diaria en defensa descarada de la Iglesia y de la Monarquía. Salta a las tarimas y se hace un hueco imprescindible en todas las tribunas de la reacción contestataria, ejercitando unas dotes oratorias extraordinarias, que irán creciendo hasta el final de sus días.

El mismo 18 de julio de 1936 es encarcelado durante tres días por los rojos como rehén, negándose públicamente, una vez liberado, a denunciar a los paisanos que lo detuvieron, con lo que empezó a crearse la enemistad de alguna facción de los vencedores. No había transcurrido un año cuando es detenido por estos y estuvo a punto de tragarse, picado en aceite de ricino, un artículo periodístico en que protestaba por ciertas tristísimas irregularidades de la retaguardia canaria.

Tantas y tantas anécdotas que harían interminable este relato...

Antes de concluir la contienda, su conciencia lo llama a consagrarse a Dios en la Compañía de Jesús, en sustitución de los miles de jesuitas asesinados. Se mete de bruces en el ojo del huracán. En el noviciado de Loyola vive momentos intensos de penitencia, oración y estudio, con una paz continuamente sobresaltada por el dramatismo de los acontecimientos.

Descubre, sin embargo, a la vuelta de uno pocos años que su vocación está en el mundo y vuelve a Canarias.

Hasta aquí los retazos más desconocidos o tal vez olvidados de la biografía de Gabriel. Después ya se sabe: sus estudios de Derecho en la Universidad de La Laguna; el matrimonio; el nacimiento de su única hija; la judicatura, que le supuso tremendas torturas porque su vocación no fue nunca juzgar a los hombres por la tremenda responsabilidad que ello comporta; luego la fiscalía; la publicación de sus libros de ensayo y pensamiento; cientos de artículos; muchos viajes para impartir conferencias por toda la geografía patria, sobre todo en los congresos de Ciudad Católica, de la Fundación Speito, etc.

Hay dos actividades que convendría subrayar: su labor en pro de la restauración monárquica, llevada a cabo a través de los Círculos Balmes, que duró hasta la reinstauración de 1969, realizada a su disgusto y en sentido contrario a los consejos que tantas veces se le habían pedido. «¡Qué buen vasallo si oviere buen señor!», me comentó en una ocasión el gran polígrafo Francisco Elías de Tejada y Spínola refiriéndose al fervor monárquico de Gabriel.

La otra línea de actuación subrayable fue la estrechísima y fiel colaboración incondicional que prestó al obispo Pildain desde su llegada en 1937 hasta su muerte. Nadie sabrá nunca el grado de amistad y confianza alcanzado entre Pildain y Gabriel en las largas y frecuentes entrevistas repartidas entre el palacio de la Plaza de Santa Ana y la magnífica biblioteca de la calle Torres. Queda el testimonio de un texto que Pildain —un hombre tan poco dado al piropo y la lisonja— escribió para Gabriel en la dedicatoria de sus discursos parlamentarios: «Al gran orador y querido amigo don Gabriel de Armas, benemérito defensor de la Iglesia al serlo tan intrépido de su Jerarquía, bendiciéndole cordialmente, el Obispo de Canarias».

\* \* \*

Pero hoy estamos aquí para hablar de poesía. Yo no soy crítico literario y no me voy a meter en camisa de once varas. No obstante, varias anécdotas en torno a sus versos puedo aportar para ilustrar esta modesta intervención.

Estoy seguro de que Gabriel, desde las alturas siderales, estará sonriendo irónicamente al vernos reunidos para celebrar precisamente sus versos.

Recuerdo perfectamente que cuando yo, novelero, le llevé, recién salida de la imprenta la *Antología de 96 poetas canarios* —que él aún desconocía— al ver la portada me comentó: «Demasiados poetas para Canarias son noventa y seis». Entonces yo le dije: «Pero tú también estás ahí». No se lo creyó, y al compro-

barlo me contestó entre ruborizado y violento: «¡Bendito sea Dios! ¿Pero estos señores saben lo que es poesía?».

Algo bueno, sin embargo, debían de tener sus composiciones cuando el máximo vate de la Nívaria hermana, un hombre tan conspicuo, exigente y hasta huraño como don Manuel Verdugo, accedió a presentar los versos de aquel pipiolo estudiante en el Ateneo de La Laguna.

Cuando ante mi insistencia me dedicó —muchísimos años después, claro—, un ejemplar de aquel cuadernillo de versos publicado en su juventud, no dudó en estampar esta dedicatoria: «Ahí van mis primeros escarceos líricos de los cuales hoy acaso me avengüenzo».

Sin embargo, Gabriel, con versos y sin ellos era un poeta. Era un poeta clásico en la manera de saludar, de vestirse y gesticular y moverse; era un poeta lírico al bastonear en los atardeceres del Paseo de los Poetas de Las Nieves y elevar su mirada al querido Tamadaba; poeta galante en el trato con las féminas, sobre las que solía ejercer, aún involuntariamente, un atractivo muy especial; poeta festivo bailando la Rama en Agaete cada 4 de agosto y en las reuniones familiares de «Casa de Abuelo», donde rompía todos sus moldes humanos para divertir a chicos y grandes a base de chascarrillos y guasas; poeta satírico incluso cuando en aquellas mismas reuniones le pedíamos que luciera sus extraordinarias facultades histriónicas y se ponía a imitar a personajes conocidos, desde el Jefe del Estado, pasando por Fulanita o don Zutano, hasta el bobo de la esquina, o apareciendo disfrazado de cualquier cosa en el momento más oportuno; poeta místico o ascético cuando hablaba del Siglo de Oro español; dramático al discutir de Revolución y Contrarrevolución; épico en los momentos de exaltado patriotismo.

Poeta y hombre total, perfectamente autorretratado en versos magistrales:

«Yo soy el epicentro de un concreto dualismo  
de equilibrado porte y de fondo enigmático;  
la fría interrogante de un hondo escepticismo,  
con la inflexible fuerza del creyente dogmático.

»En todos mis caminos de barroco artificio  
compaginé la risa con el fiero dolor;  
y junté al misticismo del perfecto novicio,  
todas las cualidades del hombre pecador.

»Sentí las emociones de una mañana grave  
en la sublime escena de un Dios en el Altar.  
Y por la tarde, extático, ante un boca suave  
discipliné mi carne sedienta de pecar.

»Sin escribir mis versos, sintiérame poeta...  
Sólo la ley divina fue obstáculo a mi afán;  
porque llevo escondida, bajo un cuerpo de asceta,  
enjuto y vigoroso, un alma de Don Juan».

Recibió Gabriel a través de su vida un montón de anónimos de toda especie, que están cuidadosamente ordenados en su archivo. Uno de los más feroces y procaces, pero de extraordinaria calidad literaria (digo calidad literaria y no otra) acaba de este tenor:

«Gabriel de Armas y estolas,  
Nos te damos un consejo:  
Si quieres llegar a viejo  
deja que ruede la bola».

Gabriel se pasó la vida tratando de frenar las bolas de la impiedad, la apostasía, de la inmoralidad y de la desfachatez política. Por eso, efectivamente, no pudo llegar a viejo. Dos veces le había reventado en el pecho la cordialidad. A la tercera, apenas cumplidos los sesenta años, una fría mañana de otoño le congeló el corazón, desplomándose en una calle de Madrid.

Al día siguiente, el gran poeta Vicente Marrero le brindaba de esta guisa su

#### ULTIMO ADIOS

Español y radical  
perdimos su voz ayer  
y es demasiado perder  
su buen acento natal.

Isleño y universal,  
si vivió erguido y se fue  
hacia la luz, yo bien sé  
que es su sino lo que evoco.

Muere el hombre poco a poco  
pero no siempre de pic.

\* \* \*

Nada más.